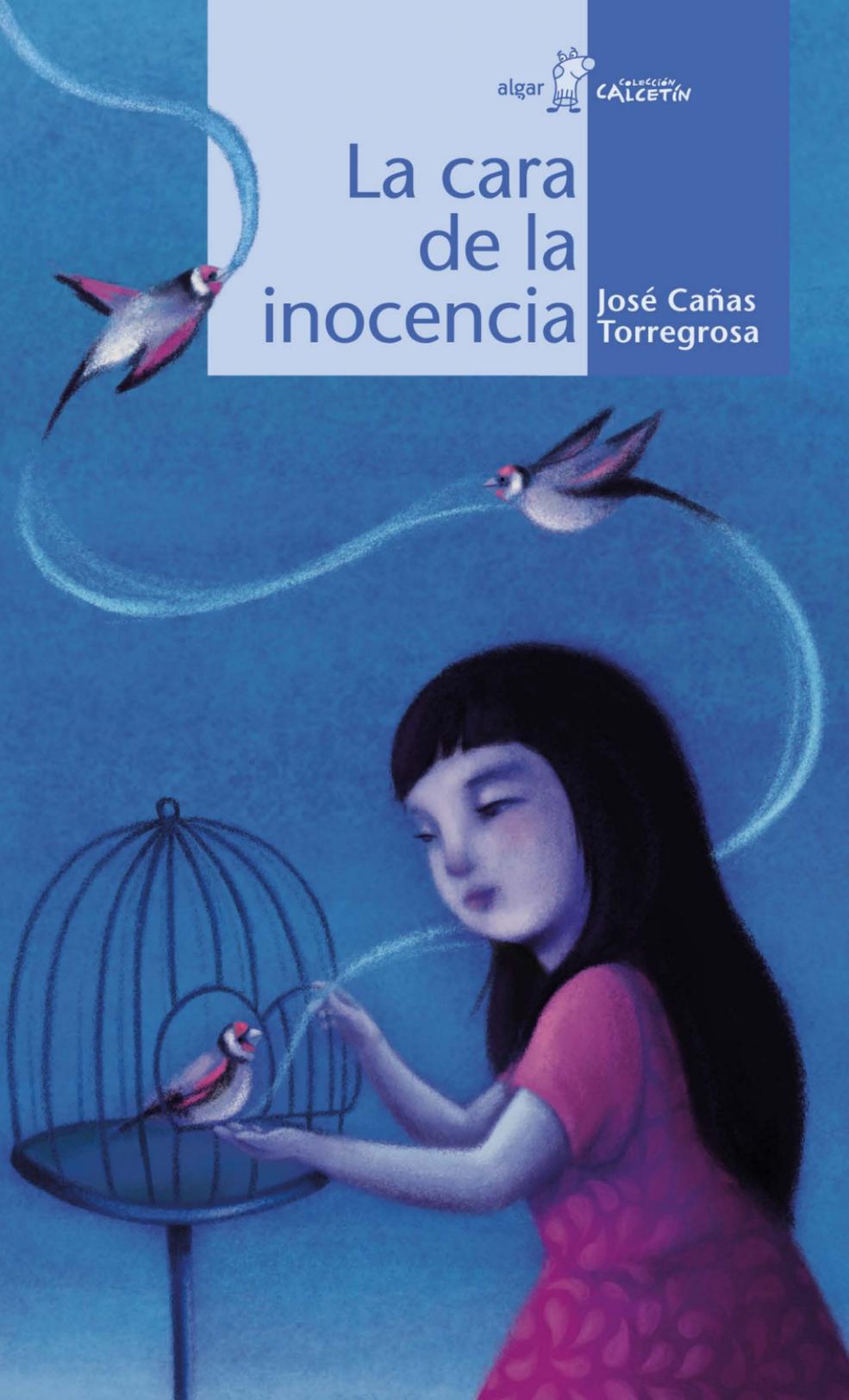


algar  COLECCIÓN  
CALCETÍN

# La cara de la inocencia

José Cañas  
Torregrosa



## Desde los ojos de Violeta

Violeta tiene los ojos grandes. Son unos ojos negros, inmensamente negros.

Su madre dice que son así porque se los robó a la noche cuando ella nació, y que ése fue precisamente su regalo de bienvenida al mundo.

Por eso Violeta mira y mira.

Desde aquellos ojos lo observa todo:

Casas...

Pájaros...

Niños...

Las luces blancas y amarillas de las casas, de las farolas y, también, las festivas y deslumbrantes luces de neón...

Las sonrisas blandas...

La luna inmensa...

Las lágrimas rojas...

Las palabras quebradas o redondas...

Los parques verdes...

Los columpios infinitos...

Los enfados agrios...

Los abrazos que envuelven y alimentan...

Las cometas que, por suerte, nunca se van...

Violeta, que acaba de cumplir once años, ya sabe muchas cosas. Sabe que el Norte es la cabeza y que el Sur está en los pies.

Por eso tal vez su mamá sea tan bajita y su papá (que es del norte) no lo sea tanto.

Ella está a medio camino entre ambos porque nació en el norte, en donde vive, pero cuando mira a su mamá, se da cuenta que más bien pertenece al sur.

Por ese motivo no deja de observar con atención (así, con sus grandes ojos negros) su piel, casi tan morena como la de mamá y, mientras la

compara largo rato con la de papá, blanca, blanca (aunque la cara de papá a veces es roja, sobre todo cuando a menudo se reúne con los amigos y luego grita sin más a su mamá).

Cuando eso ocurre, los ojos de Violeta parecen dos océanos oscuros que se desbordan, y sus brazos, dos penínsulas pequeñas que se aferran con fuerza a mamá.

No le duelen a Violeta los empujones y golpes de su padre. Lo que le duele de veras es el cuerpo de su madre, un cuerpo que por momentos se hincha, se amorata, se dilata, se extiende, se resquebraja, se rompe...

Cuando papá se marcha de nuevo o se encierra en el dormitorio, Violeta y su madre lloran muy bajito porque las paredes de su piso son delgadas, y así, casi calladas, acunan y duermen la pena entre las dos.



## 2

### Desde la frente de Violeta

La ciudad en donde vive Violeta es muy ancha, tan ancha como su frente.

Ha acudido hasta ella mucha gente de todos los lugares y de todos los colores en busca de lo que llaman *futuro*.

–En esta ciudad nunca te faltará de nada. Aquí hay futuro –le ha repetido tantas veces Romelia a su hija Violeta, que no deja de preguntarse qué es el futuro y dónde se esconde.

Seguramente el *futuro* esté en su escuela, la escuela del barrio, cercana, inmensa, en la que ella

aprende que el Mundo es un puzzle de continentes repartidos caprichosamente sobre el agua, y que la gente puede saltar de uno a otro como en el Juego de la Oca.

Sólo basta con tener un poco de suerte como la tuvo su madre, aunque para moverse bien lejos tuviera que limpiar miles de pisos, oficinas y escaleras oscuras.

Quizás el *futuro*, piensa Violeta, sea tener ropa nueva a menudo, o estrenar zapatos de vez en cuando, o cambiar sin parar de canal de televisión.

Pero, no, tal vez el *futuro* sea otra cosa:

Por ejemplo, que Rafael, su padre, deje al fin el almacén adonde acude cada mañana y entre un día a trabajar en la oficina de la misma empresa conservera donde, dicen, sólo hay ordenadores, y papeles, y bolígrafos, y gomas a montones, y hasta tienen aire acondicionado y calefacción (allí, donde no llega jamás el olor del pescado, ni salen por el duro trabajo inmensas y dolorosas llagas en las manos).

¡Ése! ¡Ése sí que sería un buen *futuro*! Un futuro libre de llagas y marcas. Eso sería realmente lo mejor.

## Desde los oídos de Violeta

Hay rumores que parecen jugar al escondite con determinadas personas, y cuando el tiempo pasa, se comprueba, tristemente, que nadie quiso jugar en realidad con ellas, que todo fue pura apariencia, una estatua de humo que voló.

Violeta vive últimamente feliz cosiendo y atando,

una

tras otra,

palabra

con palabra.

Ha oído en casa que pronto dejarán ese piso tan oscuro y viejo en el que viven, que las condiciones de trabajo mejorarán sin duda, que todo, todo, va a cambiar.

A Violeta, que sueña sobre todo con caminar feliz de la mano de sus padres, no le importa ese lugar.

Realmente no necesita una vivienda mejor, pero, sí, ahí están los sueños comunes de papá y de mamá, entonces ella también suma al de ellos el suyo propio para, entre todos, hacerlo mayor.

Por eso ya piensa en una casa con jardín y una terraza para ver las estrellas las noches de verano.

Eso sí:

Echará –no hay duda– mucho de menos a Marian y a Laura, sus dos mejores amigas...

Y, cómo no, también a José Manuel, ese chico rubio que vive en el piso de abajo (aunque sea un poquito mayor que ella y apenas haya cruzado palabra alguna con él).

Pero en el rinconcito de la memoria, aunque parezca extraño, caben muchas cosas.

De ese modo, Violeta piensa que cuando llegue el momento, se los llevará a todos bien dentro para siempre y así, guardaditos, nunca le podrán faltar.

Bastará con cerrar los ojos.

No estará, pues, sola, aunque sus amigos ya no pisen su nuevo barrio ni estén a su lado en clase, ni al volver del colegio José Manuel esté sentado en la puerta mientras conversa con los chicos de su panda.

Lo importante es que todo va a cambiar.

Lo dice su padre.

Y Violeta, en la cama, de noche, como en un conjuro, aprieta repetidamente sus ojos y tapa sus oídos para ahogar para siempre las últimas palabras-cuchillo, los últimos golpes rabiosos envueltos en alcohol que sonaron y dolieron en casa, y mientras oye la paz de sus padres, dibuja en silencio una sonrisa, presagio de dulces rumores, que tienen la forma de promesas blancas y que le invitan a jugar mientras, plácidamente, se duerme.